



El socialismo occidental ¿también está desgastado?

Jean-Yves Calvez *

ENTRE los años 1989 y 1991 se ha derrumbado en el Este y en el centro de Europa un cierto socialismo. Se designaba a sí mismo pretenciosamente como «socialismo real». Era el promovido por los partidos comunistas de Europa central y oriental. Durante bastante tiempo contó también con el apoyo de los de Europa occidental. Sus características principales eran, en el plano político, el monopolio institucional del partido comunista (su «papel dirigente» en la sociedad y en el Estado garantizado por la propia constitución, al margen del consenso popular); en el plano económico, una organización centralizada con la propiedad pública de al menos una gran parte de los medios de producción. Se trataba de un programa específico que no hay que confundir, desde luego, con otros socialismos.

Pero no pocos se preguntan ahora si el socialismo del Oeste, en este caso la socialdemocracia, no ha experimentado en el momento actual

* Redactor-jefe de *Etudes*. París.

una crisis semejante. Para ser precisos, citeamos el partido español (PSOE), el partido francés (PS). Todos estos partidos han gobernado o están gobernando pero parecen estar amenazados. ¿Por qué? Y ¿cuál es el porvenir en Occidente de un socialismo claramente no comunista —ni monopolizador ni totalitario— sino verdaderamente socialista? (Soy consciente de no haber citado en esta exposición el laborismo inglés, pero su caso es muy particular, por razón de la especial tradición británica y de la estrecha vinculación de este partido con los sindicatos. Con todo, no por ello su situación actual presenta menos analogías con la de los partidos socialdemócratas continentales). Teniendo presente al conjunto de los partidos que acabo de nombrar, me fijaré de manera especial en el caso del partido socialista francés.

El caso del PS francés

AUNQUE claramente separado del Partido Comunista desde el congreso de Tours en 1920, el Partido Socialista Francés ha procurado durante mucho tiempo conservar la marca marxista. En una obra reciente sobre *L'internationale socialiste (1945-1990)* (1), Guillaume Devin recuerda que el documento verdaderamente fundacional de esta organización, la carta de Frankfurt (1951) donde se renunció a una referencia privilegiada al marxismo, fue adoptado «a pesar de la presión marxizante y laica de G. Mollet» (pág. 44). G. Mollet era el secretario general del Partido Socialista Francés todavía llamado entonces SFIO (Sección Francesa de la Internacional Obrera).

Bastante más tarde, al final de los años setenta, el socialismo francés, que en adelante llevaría el nombre de Partido Socialista, bajo el mando de François Mitterrand pudo pactar una alianza con el Partido Comunista sobre la base de una larga lista de nacionalizaciones que habría que realizar. Después los dos partidos discutieron de hecho esta lista. Sin embargo, en 1981 el Partido Socialista llegó al poder con el anuncio de una voluntad de «ruptura» con el capitalismo. Los que le dieron mayoría y llevaron a François Mitterrand a la presidencia de la República probablemente no compartían sino de forma muy limitada esta voluntad. Habían

(1) Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, 1993.

votado sobre todo contra la reelección de Valerie Giscard d'Estaing. Hay que decir, es verdad, que no faltó una cierta tentativa de poner en práctica un programa radical, en particular de nacionalizaciones.

Pero desde 1983 el socialismo francés se quedó contra la pared. Las medidas de facilidad económica tomadas en 1981 condujeron rápidamente a una crisis de la balanza de pagos. Si se quería continuar, sería necesario encerrarse dentro de las fronteras del país, renunciar en particular al sistema monetario europeo (con su disciplina). Se puede decir que el presidente François Mitterrand tomó una decisión por todo el partido: abrirse al exterior, en definitiva al liberalismo, y desde luego en todo caso al marco europeo. Nombró un nuevo ministro de Finanzas encargado de administrar la necesaria austeridad que vino después: Jacques Delors, futuro presidente de la Comisión de la Comunidad Económica Europea. Cuando en 1986 unas nuevas elecciones parlamentarias llevaron al poder (para dos años) a los adversarios de los socialistas, el Gobierno de derechas emprendió la tarea de deshacer las nacionalizaciones que habían hecho los socialistas. Los socialistas volvieron al poder en 1988 y François Mitterrand se pronunció esta vez por una congelación de la situación: «Ni... ni». Ni renacionalizaciones ni re-privatizaciones. Después en la práctica se han aceptado privatizaciones parciales: en varios casos se ha permitido al sector privado acceder a la propiedad de una parte del capital en empresas hasta entonces totalmente públicas. La opinión no ha mostrado apenas interés por las nacionalizaciones y el propio Partido Socialista ha dejado de ver en esto uno de los puntos decisivos de su política.

Sin duda, una gran fecha en la evolución del Partido Socialista Francés ha sido la de 1983 con la decisión de continuar en el sistema monetario europeo —mantener el país abierto a la competencia internacional— y la llegada de Jacques Delors a los asuntos económicos. A partir de ese día, con o sin nacionalizaciones, el liberalismo ha ido en aumento. Muy rápidamente la nueva mentalidad ha llevado a descubrir la importancia de la empresa y a preocuparse por la vitalidad de las empresas. En los diversos países de Europa, en los partidos hermanos del partido francés, se ha producido un giro semejante hacia el liberalismo, el mercado, la competencia, la empresa como el lugar por excelencia de la iniciativa capaz de mejorar la productividad. En algunos casos esto empezó antes que en Francia.

El ascenso del liberalismo. Revisión del Estado-providencia

DURANTE un cierto tiempo se pudo pensar que la evolución no debería tener ninguna consecuencia sobre los sistemas muy completos de garantías sociales —el Estado-providencia— establecidos después de la guerra por gobiernos socialistas y también no socialistas aunque en línea con el espíritu del socialismo. El símbolo no del hundimiento de la idea de seguridad social garantizada pero sí de la necesidad de aceptar algunas modificaciones y modalidades más suaves de esta seguridad será la derrota en Suecia de Olof Palme. Durante bastante tiempo Suecia había gozado de la reputación de ser a la vez el modelo de esta seguridad y de la cooperación sindicatos-empresarios (una cogestión óptima). Aunque de forma tímida, en no pocos países está en curso una revisión pragmática bajo la égida de los propios gobiernos socialistas. Recientemente a más de un partido socialista o socialdemócrata ha dañado el pulular de unos casos de corrupción en los cuales han quedado implicados un número importante de sus miembros, incluso de sus dirigentes, y las propias organizaciones como tales en casos de algunas prácticas que afectan a la financiación de los partidos. En Italia, Bettino Craxi se encuentra bajo graves sospechas. Pero los partidos socialistas no son los únicos en sufrir esta crisis de moralidad. Desde hace algunos años, después de una larga prosperidad de la social-democracia europea-occidental y de su fórmula, el mayor problema que ha surgido es un problema de «modelo»: hemos entrado en una época de crisis del programa, de las propuestas, de las fórmulas si se quiere, que antes habían logrado una muy aceptable trayectoria.

Nada original que ofrecer sobre la organización económica

LOS partidos socialistas han continuado dando pruebas de una particular sensibilidad por los aspectos sociales de las situaciones, por las garantías sociales (por todos, especialmente por los más desprotegidos), pero durante mucho tiempo no se han contentado con esto... Pensaban poder ofrecer elementos de organización econó-

mica casi como una alternativa a la organización capitalista liberal: elementos de una organización económica que, a diferencia de aquella política que se contenta con corregir los efectos sociales negativos del funcionamiento del sistema económico, realizase ella misma lo esencial de la justicia social.

Los elementos originales de organización económica que el socialismo pretendía ofrecer, en algunos casos, como por ejemplo Francia, eran las nacionalizaciones, más generalmente una organización paritaria de la decisión (sindicatos/empresarios) y en algunos países, la autogestión... Ciertamente se puede constatar que en algunos sitios se han implantado algunas medidas de una mayor democracia económica. En este sentido se puede mencionar, en Francia, las leyes Auroux sobre el diálogo social en las empresas, aprobadas en la primera ola reformista del Gobierno socialista de 1981. En estas medidas los partidos socialistas estuvieron de acuerdo con los partidos o tendencias demócratacristianas. Pero dejando esto aparte, da la impresión de que los partidos socialistas han renunciado a la idea de una forma de organización específica que por sí misma realizase aspectos importantes de la justicia social. La justicia social sigue siendo una línea de fuerza mayor de más de un partido socialista o socialdemócrata si no de todos, aunque se acepta más fácilmente no actuar sino corregir a posteriori los efectos negativos de un sistema económico que ya no se concibe en términos muy distintos a los liberales puesto que se ha llegado a reconocer muy ampliamente los méritos de la competencia, el mercado, la iniciativa, la empresa e incluso de la propiedad privada.

Ministra socialista de Trabajo, Martine Aubry escribía recientemente: «El mercado y el libre cambio producen consumidores a partir de la eficacia y de la innovación de la que se benefician. Pero producen también otros efectos. La competitividad provoca la exclusión. Incluso si en un determinado momento se está del lado de los que producen, la enfermedad, cualquier clase de accidente o simplemente la edad pueden hacer cambiar de campo» (2). Y la señora Aubry se explayaba más: «La economía de mercado es un instrumento poderoso de competitividad y de innovación. No es el todo de la sociedad. La empresa es un instrumento eficaz que merecía ser rehabilitado en los años ochenta. No puede poner en cuestión las prioridades vitales de la sociedad. La eficacia económica es una condición de la prosperidad. No es la finalidad ni del individuo ni de

(2) Artículo titulado «L'urgence du social», *Etudes*, avril, 1993, pág. 473.

la sociedad» (3). En definitiva, se podría decir, aceptando lo que ofrecen los liberales en «economía», que es en materia de «sociedad» donde los socialistas tienen algo que proponer. «Urgencia de lo social» dice la señora Aubry, incluso cuando la economía —«economía de mercado» de ninguna manera calificada como socialista— marcha bien.

¿Dónde están hoy los valores socialistas?

AL concluir su estudio sobre los cuarenta y cinco últimos años de la historia de la Internacional Socialista, G. Devin escribe: «Ha registrado un crecimiento de las afiliaciones no europeas y ha conocido notables inflexiones ideológicas: de la prioridad reconocida a la democracia política en los años cincuenta a la reivindicación de opciones más igualitarias y a veces marxistizantes durante los dos decenios siguientes para retomar un aire más liberal al final de los años ochenta» (4). Fueron de hecho las afiliaciones no europeas las que provocaron durante algún tiempo las opciones «más igualitarias y a veces marxistizantes». Y contribuyó de esta forma, es cierto, a la refundación del Partido Socialista Francés por François Mitterrand en los años setenta. Sin embargo, generalmente en Europa la marea liberal está en auge desde los años sesenta, y en raras ocasiones se trata de un fenómeno muy reciente. Hay que subrayar también que la social-democracia, en tiempo de guerra fría, se ha definido durante mucho tiempo por la resistencia democrática al sistema comunista indiferente a la democracia. Este fue su gran mérito: en el período amenazante que siguió a la Segunda Guerra Mundial contribuyó de manera decisiva a la defensa de la libertad política. Las preocupaciones políticas la situaron por encima de las miras de organización económica socialista. Digámoslo claramente: la social-democracia ha sido más demócrata que socialista.

G. Devin, por su parte, explica lo referente a la pervivencia inestable de los valores entre los miembros de la Internacional Socialista. Unas veces ha prevalecido «la defensa de la democracia política», otras «la promoción de la democracia económica», otras «la paz por ley» y otras «la paz por cooperación» (5). La organización económica no aparece en esto

(3) *Ib.*

(4) *Op. cit.*, p. 359.

(5) *Op. cit.*, p. 357.

sino de forma débil y en los términos de «democracia económica». G. Devin concluye: «Son la democracia “plenamente realizada” y la paz “plenamente alcanzada” las que diseñan, mantienen y reactivan la dirección general del proyecto» (6). Estos términos se aplican mejor, sin duda, a la Internacional en su conjunto que a cada uno de los partidos. No representan a los propios partidos tal y como han quedado en la actualidad. La renuncia a propuestas específicas de organización económica es ciertamente uno de los factores que están en crisis en el socialismo occidental.

Entre reforma y revolución

OTRO rasgo debe ser mencionado, especialmente en el caso del partido francés, que, además, no deja de tener algunas analogías. Es el que destacan Alain Bergougnieux y Gerard Grunberg en su estudio reciente del Partido Socialista Francés de 1905 a 1992, titulado *Le long remords du pouvoir* (7). Como explican, el Partido Socialista Francés durante mucho tiempo no se ha sentido cómodo en el poder. Propiamente era un partido revolucionario más que parlamentario. Para el socialismo francés (tradicional) es el partido, y no el Parlamento o el Gobierno parlamentario, el instrumento nato de la revolución. Por este motivo el Partido Socialista Francés, a pesar de los diversos avatares y de la imposibilidad, ha estado constantemente preocupado por enganchar con el Partido Comunista. Al principio, en 1920, Leon Blum hizo cuanto estaba en su mano para mantener la Sección Francesa de la Internacional Obrera en la III Internacional. Únicamente la intransigencia de Lenin llevó a la ruptura.

Ciertamente en 1981 los socialistas se instalaron con aplomo en el poder. Pero había motivo para preguntarse ya entonces, y de hecho se ha preguntado muy pronto, si no había comenzado ya un ciclo nuevo, tal vez el del politólogo Hughes Portelli, un partido a quien en todo caso la etiqueta socialista no cuadraba demasiado... Sin embargo, el Partido Socialista quiere seguir siendo, como no pocas instituciones francesas, hijo de la revolución. En este contexto, en esta atmósfera, ¿cómo no inclinarse a elegir, al menos en teoría, la revolución más que el reformismo? A.

(6) *Op. cit.*, p. 358.

(7) Favard, París, 1992.

Bergougnoix y G. Grunberg escriben: «El proyecto del socialismo francés no parece agotarse (nunca) en la ingrata conciliación entre la eficacia del progreso económico y de la justicia social. La cultura de la izquierda francesa sigue estando marcada por la tentación del voluntarismo, el relativo desinterés por la gestión cotidiana, la nostalgia por aquellos tiempos pasados en los que la perspectiva revolucionaria daba un sentido al compromiso militante, el gusto por el discurso más que por la organización» (8).

Han transcurrido ya doce años desde el glorioso 1981 y no se puede decir que los socialistas franceses hayan superado plenamente esta tensión. Si comparamos el caso del PSF con el SPD (Partido Socialista Alemán) encontramos aquí una peculiaridad francesa. Quizá no es tan peculiar si la comparación se hace con el PSOE (español). La analogía es en este caso más real.

El giro

TODO tiende a indicar que por lo menos se está produciendo un giro. Este partido perderá quizá hasta su etiqueta socialista. Laurent Fabius acaba de proponer para el partido francés un cambio de nombre. Michel Rocard, por el contrario, ¿se empeñará en conservar la etiqueta? Está por ver. Por otra parte la combinación de un ideal democrático y de la justicia social sigue señalando un importante sistema de valores políticos para nuestra época, de ninguna manera periclitado, a condición de que sea fiel a esta combinación. Sin embargo, todo partido está obligado a enunciar con claridad perspectivas de organización económica. En este punto no se puede instalar en la indeterminación o en la fluidez. Sobre todo tratándose de partidos que, al haber tenido hasta aquí posiciones muy definidas, no pueden esquivar una explicación. Un partido socialista hoy tiene ahí tal vez uno de los problemas más difíciles.

A menos que esta problemática no quede desbordada o superada... Sobre la base de un consenso general, relativo a la organización económica y a la justicia social, las verdaderas cuestiones se habrán convertido en cuestiones de sociedad y de cultura. Las decisiones sociales afectan a los

(8) *Op. cit.*, p. 470.

ámbitos de la genética humana, la procreación y el final de la vida... Y los vaivenes de opinión significativos ya no serían aquellos que separaban en el pasado a socialistas y liberales. En Francia se ha percibido ya en más de una ocasión que, por ejemplo, en el programa social hay una gran cercanía entre socialistas y cristianodemócratas, pero hay... una gran distancia «cultural». A. Bergougnioux y G. Grunberg, y de modo parecido H. Portelli, lo han subrayado recientemente. Si esto es así —y tal vez ocurre lo mismo en España— habrá que recomponer el universo político por medio de nuevas formaciones y como consecuencia de nuevos diálogos.

Hay que seguir prestando atención a esta perspectiva... Con todo no estoy seguro en modo alguno de que la democracia económica —más allá de puras palabras— se haya convertido en objeto de un consenso tan completo.